

SOTO, J. M. (2012). *PERDIDOS EN FROG*. CARACAS: LUGAR COMÚN.

Reseñado por Ana García Julio
annajulio17@gmail.com

Vaya usted a saber por qué, pero en *Perdidos en Frog* a menudo hace frío. Frío de oficina, frío de la intemperie –así estemos a unos pasos del desierto–, frío en la espina dorsal, frío de noche y de muerte. Hay también «doctores en letras con el cuerpo lleno de frío», relaciones y sueños que se enfrían. Pero no se crean que, por la recurrencia de las bajas temperaturas, estos quince relatos de Jesús Miguel Soto los dejarán inertes. Esa corriente glacial ha de ser el aliento de lo extraño, agazapado en lo cotidiano. Porque no hay hogares, no hay lugares familiares en este libro. Nos aguardan seres descaminados en la costumbre, dislocados de sus sitios habituales, condicionados por sus circunstancias, aunque acaricien la fugaz ilusión de ser libres. Como el frío, la intuición del destino –y de su arbitrariedad– sale a relucir con frecuencia en estas páginas.

En su minuciosa descripción (de catadura borgesiana), el pueblo de Frog suena como un Tlön criollo: un enclave de huraños inmigrantes en el interior de Venezuela, sospechosamente desprovisto de Plaza Bolívar y poco propicio para el florecimiento de cualquier institución (llámese iglesia, museo, turismo, etc.). Por error, una pareja cae en este limbo durante su luna de miel y acaba involucrada en un incidente tan estúpido como atroz. Pero, ¿quién los culparía, considerando la atmósfera siniestra del lugar?

Otro escenario –esta vez, corporativo– nos hace cómplices de la vesania de unos oficinistas, quienes gratuitamente identifican a un compañero de trabajo como el enemigo público número uno. «El loco» –apodo prestado al título de esta hilarante pieza– los irrita porque se sale de todas las casillas en las que intentan encerrarlo: «Era un atrevimiento de su parte quebrantar una rutina en la que ya uno había invertido tiempo en describir y calificar», afirma el indignado narrador. Así las cosas, no extraña que el contrato social acabe roto a puntapiés, asomando que la verdadera locura reside en la intolerancia... O en un desmesurado sentido del deber, como en «El protocolo D», alegato

de la testarudez de unos burócratas de la muerte, quienes defienden hasta las últimas consecuencias su apego a ciertos procedimientos. ¿Cuáles? No hace falta que lo sepamos: los suponemos, los tememos. Acierta Soto al columbrar que basta con insinuarlos ambiguamente, para que la imaginación y la experiencia histórica completen el cuadro.

En «Alguien llamado Jones», el jurado de un concurso de narrativa es importunado por una versión terrenal de un ánima en pena: cierto participante inconforme porque su obra no resultó ganadora. ¡Si tan sólo hubiese sido tan buen novelista como acosador! La ocasión –una sátira en plena forma– es propicia para explotar clichés del ámbito literario (como el de la tesista intensa: «Pretendía hacer un análisis crítico de una novela que ella misma estaba escribiendo y lo que escribiera para su crítica iba a su vez a constituir nuevo material para la novela y así hasta el hastío en el montaje y desmontaje de un discurso dialógico entre la crítica como creación y la creación como crítica»).

De trágica belleza, «La República de Fennelly» –relato ganador, vale mencionarlo, del 64^o Concurso de Cuentos de *El Nacional*– recoge la iniciativa de unos jóvenes que se inventan un país en un apartamento; ambiciosa aventura que nos remite a aquellas micronaciones secretas prefiguradas por Agustín Fernández Mallo en su novela *Nocilla Dream* (2006). De algún modo, Fennelly es el anverso, el cálido interior (aunque también predestinado a enfriarse) de Frog: la utopía de una república «privada», planificada, verdaderamente propia; una taima de los significantes y los significados convencionales (como lo indica la elección arbitraria de su nombre, e incluso, de lo que éste quiere decir), de caída y mesa limpia. Un proyecto, no de separatismo, sino de insilio: esa retirada hacia adentro que algunos emprenden vencidos por el cansancio, el debilitado sentido de pertenencia a un lugar, a una colectividad (y quizás, por la imposibilidad de marcharse afuera, lejos).

El caso es que, pese a las precauciones de sus padres fundadores, Fennelly fracasa, legándonos la intuición de que quizá la única república en la que podemos vivir –sin quedar exentos de revoluciones, fracturas y exilios– somos nosotros mismos.

Justo es comentar que, en buena parte de estas narraciones, personajes y lectores se quedan esperando una epifanía... O no, pues obtienen la claridad del instante (en lugar de un instante de claridad). Con destreza, Soto captura el resplandor de un momento

intrascendente, su intensidad o lo que tiene de perturbador. Por eso no hallaremos aquí desembocaduras sorprendentes. Sabedor de que los mejores especímenes se marinan su enigma (como en «La caja», cuento en el que un receptáculo cerrado tiene la facultad de reparar lo que lo rodea, aunque no se sepa que contiene, ni de dónde vino), el autor se toma su tiempo para construir la expectativa, pero también se mantiene fiel a los desencantos, asimetrías y citas fallidas de lo real.